

EL

ORFEÓN DONOSTIARRA

EN

MADRID

CADA vez que en triunfante expedición, sale el Orfeón Donostiarra, parece que es un pedazo de la vieja ciudad de las *koškas* que se distiende, produciendo su ausencia una nerviosidad, un estado de intranquilidad en toda la población, pendiente desde el primer momento de la actuación de su brillante masa coral.

De ahí la importancia que se concede a todos los actos de esta entidad artística, que tan alto pone en todas ocasiones el nombre de la ciudad querida. No es, pues, de extrañar que la última expedición a Madrid haya constituido un suceso de que se han recogido con fruición todos los detalles.

El día 6 del presente mes fué la salida. A las cinco y media de la madrugada, de una mañana bella, en que el sol se asomaba a contemplar los comienzos de una jira de artístico renombre, dirigianse los orfeonistas a la estación del Norte.

Los orfeonistas con sus boinas coloradas, sus flotantes batas de dril, la maleta al hombro, el cestillo de la comida en la mano y las indispensables botellas de sidra bajo el sobaco, ocupaban los asientos del

tren especial, no sin atender con galante consideración a las bellas jóvenes del coro mixto, compañeras de la expedición.

El alcalde, Sr. Inciarte, y el concejal Sr. Aguirreche, formaban parte de la comitiva en representación del Ayuntamiento donostiarra.

Despidió a los expedicionarios el alcalde accidental, Sr. Navas, a quien rodeaban buen número de elementos donostiarras que no respetaron lo intempestivo de la hora para rendir a la laureada masa el entusiasta saludo con que les alentaban en su próxima campaña artística.

Dióse la señal de salida, las boínas rojas agitábanse en las ventanillas y arrancó el tren con dirección a la coronada villa.

Buen número de poblaciones del tránsito se asociaron a las muestras de simpatía al Orfeón Donostiarra, saliendo comisionados a saludar a su paso por la estación respectiva.

El carácter de la expedición durante su larga marcha, fué el que siempre han tenido estas excursiones desde que hay orfeonistas donostiarras. Recuérdese su primera marcha a Royan, y notaremos que ha aumentado el número, que al vagón sustituye un tren especial; pero en cuanto al carácter alegre, ocurrente, regocijado, la ida a Madrid es un



En la expedición a Zaragoza.

viaje más de la misma característica animación que los precedentes.

A su llegada a Madrid les esperaba en la estación el alcalde accidental de la coronada villa, Sr. Valero Hervás, acompañado de varios concejales, la Junta Directiva del Círculo de Bellas Artes, la Banda municipal con su director el maestro Villa, de uniforme pero sin instrumentos, y otras muchísimas y distinguidas personas.

Fué cariñosísimo el recibimiento dispensado, escucharon prolongadas salvas de aplausos, se dieron vivas entusiastas, y una vez hechas las presentaciones, en siete tranvías preparados al efecto, se trasladaron los orfeonistas al Círculo de Bellas Artes.

El Sr. Francos Rodríguez, presidente de aquella institución, pronunció elocuentísimas frases saludando al Orfeón Donostiarra, a cuya disposición puso el local de la Sociedad. El Sr. Valero Hervás saludó asimismo a los orfeonistas, como alcalde y en nombre del pueblo de Madrid. El alcalde de San Sebastián, Sr. Inciarte, respondió a ambos

discursos agradeciendo las amables frases que les había dedicado. Depositóse después el estandarte del Orfeón en la rotonda, y marcharon los orfeonistas a los alojamientos señalados.

*
* * *

Toda la prensa de Madrid dedicó una cariñosa bienvenida a nuestra masa coral.

El popular diario *A B C* añadía a las frases de cordial salutación:

«*La historia del Orfeón*. — Brillante es la historia del Orfeón Donostiarra, nacido, como todas estas corporaciones, al calor de la tradición e inspirado por el amor a la montaña que evoca leyendas épicas, del valle que despierta sentimientos de la infancia, del cielo gris que cubre como inmenso dosel el paisaje de perpetuo verdor, fuente de eterna y melancólica poesía. En la cuna durmió al donostiarra la bellísima melodía del «¡Lolo!»; de mocete corrió tras del buey ensogado, entonando una deliciosa travesura musical, el «Iriyarena», y de adulto entonó el dulce «zortziko», que le arrastró a asociar su voz con otras hasta constituir esa masa coral que, luego de rendir culto a su «*mai-suba*», ha sentido ansia por cantar las prodigiosas concepciones de los grandes compositores del mundo entero. Así los Coros de Donostiya han visto triunfante el estandarte de su Sociedad, no sólo en España, sino en el extranjero.

»Institución eminentemente democrática, el arte une en un solo entusiasmo a los jóvenes de ambos sexos de todas las clases sociales, dándose curiosos casos como el de 1889, cuando el Orfeón fué a cantar en la Exposición Universal de París, que entre sus orfeonistas, y como uno de tantos, figuraba el ingeniero de Minas, segundo jefe de la provincia, el ilustre y malogrado D. Serafin Baroja, padre de los ilustres literatos de su apellido. La boina roja iguala o hermana a todos, poniéndosela con el mismo orgullo el que acaba de dejar el aristocrático frac, que el que deja la burguesa blusa.

»Su actual presidente es D. Javier Peña y Goñi, también ingeniero de Minas, y primo de aquel inolvidable Antonio Peña y Goñi, que tanto trabajó por la cultura musical de España.

»Su director es el maestro Esnaola, que ocultaba sus grandes méritos en la modestia de un puesto de cantante de capilla en una iglesia, pero cuya figura se destaca hoy al frente de esta importante masa coral de 250 ejecutantes, hombres y mujeres, con relieve que le ha dado su propio valer.

»Decir Orfeón Donostiarra, es decir San Sebastián. Los triunfos de la artística corporación, como suyos propios y como legítima gloria, los festeja la ciudad. Por eso su Ayuntamiento está representado en

Madrid y cerca del Orfeón, por varios ediles y su alcalde, D. Eustaquio Inciarte, uno de los industriales que por su amor al trabajo y su probidad más honran a la bella Easo.»

*
* *

El día 7 se verificó el, primero de los conciertos dispuestos en el Teatro Real por el Círculo de Bellas Artes de Madrid.

El coliseo ofrecía un aspecto deslumbrador, no viéndose ni una localidad vacía (hacia días que estaban vendidas todas las localidades).

En palcos, plateas y butacas, se veían representantes de la política, del arte y de la aristocracia, así como bellas y linajudas damas elegantemente ataviadas.

Espéndidamente adornado el escenario con flores y tapices, aparecía en primer término la Orquesta Filarmónica, y detrás el Orfeón Donostiarra.

Berlioz, Brahams y Strauss fueron los tres autores que integraron el programa de este primer festival. Los dos primeros con obras para voces y orquesta, y el último para orquesta.

«La Damnation de Faust» y el «Requiem Alemán» fueron dos grandes éxitos para el Orfeón Donostiarra, como puede juzgarse por los siguientes recortes de la prensa madrileña:

De *El Correo Español*:

«*El Orfeón*. — Una masa coral formidable, disciplinada, con voces frescas que suenan a clarín, de timbres definidos, claros y vibrantes, con afinación exacta y con un entusiasmo juvenil, son las características del Orfeón Donostiarra.

»Los artistas vascongados que anoche cosecharon triunfos y ovaciones, y ante cuyo asombroso trabajo se rindió el público madrileño, ejecutaron las obras de Berlioz y de Brahams de una manera estupenda, inenarrable.

»Las cuerdas están perfectamente equilibradas y los timbres se destacan puros y limpios.

»El conjunto vocal presentado anoche, nada tiene que envidiar seguramente a los más famosos del extranjero.

»El maestro Esnaola, infatigable artista, ha logrado crear una masa coral, gloria de San Sebastián y orgullo de España.

»Hubo aplausos para todos, y principalmente para los solistas, Srta. Campiña, célebre antes de ahora por su labor como cantante de ópera, y Sres. Olaizola (baritono) y Zaragüeta (bajo). — V. Contreras.

A B C, decía por su parte:

«En resumen, diremos que el Orfeón sedujo por su riqueza de voces en todas las cuerdas y por la perfecta ejecución y su modo de matizar las obras que ejecutó. En «La Damnation de Faust», que compuso la primera parte, el efecto que produjo la masa coral se exteriorizó en ovaciones estruendosas, siendo preciso repetir el número de los bebedores que sigue a la canción de Brander. En estas páginas lucieron su arte los solistas Sres. Olaizola (baritono), Alberro (tenor) y Saizar (bajo). Al terminar esta obra fué llamado al proscenio el maestro Esnaola, director del Orfeón, en unión de Pérez Casas, que dirigió admirablemente.»

Más adelante añadía:

«Constituyó la tercera parte el gran «Requiem», de Brahms. Para interpretarla fielmente, dándola toda su grandiosa espiritualidad y su riqueza de melódicos matices, se requiere una masa de voces tan pródigas de color y tan disciplinadas como las de este magnífico Orfeón, y con solistas como la Srta. Campiña, de aterciopeladas modulaciones de voz y de expresión felicísima, y como el solista Sr. Zaragüeta, de nobles acentos, que dan su exacto valor al papel que representa. Así, el conjunto produce intensa emoción, y el auditorio sigue sugestionado los pasajes todos de la página, para traducir después su admiración en formidables salvas de aplausos y bravos.

»El último tiempo del «Requiem», estupendo por su alarde de grandiosidad melódica en voces y sonoridades instrumentales, provocó una verdadera tempestad de entusiasmo, digna coronación de tan deslumbradora velada, y las ovaciones se repitieron para los maestros Pérez Casas y Esnaola, para los solistas y para coros y orquesta.»

Y decía *El Debate*:

«Juntos Orfeón y Orquesta, a las órdenes del generalísimo Pérez Casas y del lugarteniente Esnaola, nos dejaron oír un hermoso «Requiem», de Brahms, y la «Damnation de Faust», de Berlioz. En ambas obras, de positivo empuje y ruidosa complicación, la labor fué portentosa por parte de músicos y cantantes, unidos con mayor justeza de la que cabía sospechar, habiendo mediado pocos o ningún ensayo global, y afinados con maravillosa tenacidad. Los coros, numerosos en todas las cuerdas, revelaron una disciplina muy honda y una educación estética muy depurada; el de señoritas es juvenil, airoso y de mucha arrogancia en los agudos; el de los tenores suena bien y mantiene los fuertes sin las carrasperas y rozamientos que el esfuerzo laríngeo suele causar, por lo común, en este grupo; el de baritonos es varonil y jocundo, rebosando vigor; el de bajos, posee incuestionable solidez; el

de niños, finalmente, acusa una maestría impropia de la infancia. Total, una colectividad modelo, de que se puede enorgullecer la bella Easo y aun España.

»El «Requiem» de Brahams, causó fuerte impresión. Es recio, sugeridor y profundo; Brahams lo ha impregnado de armonías penetrantes y removedoras, que llegan con insistencia escrutadora al alma del oyente. Además es opulento, aparatoso, esmaltado desde el principio al fin por intensos periodos de sonoridad altamente sugestiva y colorista. El segundo número y el sexto descuellan bajo este aspecto. En el quinto tomó parte principalísima la eximia diva Fidela Campiña, cuya voz, robusta y flexible, prestó singular relieve al conjunto. También intervino, como solista, el Sr. Zaragüeta. Para ambos, especialmente para la Srta. Campiña, hubo nutridos aplausos, extendidos, como es natural, a todos los demás intérpretes.»

Expresóse *La Mañana* en los siguientes términos:

«El Orfeón Donostiarra, viviente testimonio de la devoción de aquel pueblo al arte musical y signo de su cultura, conquistó un triunfo solemnísimo, ruidoso, que confirma los grandes éxitos conseguidos, no sólo en España, sino en el extranjero, durante su ya larga existencia.

»El programa se componía de dos obras maestras para orquesta, coros y solistas: la «Damnation de Faust», sublime e inspirada composición de Berlioz, en la que el insigne compositor muestra el ímpetu pasional de sus concepciones, unido a la exquisita delicadeza de su poético temperamento, y un «Requiem alemán» de Brahams, que por primera vez escuchábamos, y que produjo en el auditorio honda sensación por la grandiosidad de su estructura, inspirada en los ideales clásicos de corte religioso, y por su forma de expresión bella, sincera, hermosísima.

»El Orfeón y la Orquesta interpretaron estas dos obras de manera prodigiosa.

»A La Filarmónica la conocemos sobradamente, y ningún elogio nuevo podemos hacer que no se haya hecho va de ella.

»El Orfeón Donostiarra es, indudablemente, uno de los mejores de Europa, por su disciplina, la robustez y afinación de sus voces, y la perfecta y maravillosa manera que tiene de interpretar las obras.

»El público, entusiasmado de veras, prodigó frenéticos aplausos al Orfeón y a la Orquesta al terminar cada uno de los números de ambas composiciones, siendo partícipes del triunfo la Srta. Campiña y el tenor Sr. Corts, que tenían a su cargo los solos de tiple y tenor, ejecutados con excelente acierto.»

Son de *El Universo* los siguientes párrafos:

«Va a comenzar el primero de los festivales líricos organizados por el Círculo de Bellas Artes. Serán los intérpretes de estas obras de tan

enormes proporciones, dos entidades musicales de primer orden, no sólo dentro de España, sino fuera de ella. A la constancia, al trabajo y a la inteligencia de dos artistas notables se debe la halagüeña realidad de estas masas orquestales y corales. ¿Se dudará de la labor patriótica — eminentemente patriótica — que esto supone? El arte nacional es una de las más interesantes manifestaciones de los países cultos: tanto como la ingeniería, como la industria. ¿No merecen estos patriotas y estos artistas la admiración de los españoles y la protección de los Gobiernos? Hombres como Esnaola, Pérez Casas, como Millet y como Arbós, por no citar más, harían falta en todas las actividades nacionales..... Pero este desinterés y estas abnegaciones, sólo en la Religión y en el Arte se encuentran. Y anoche, a estas cualidades y al valor intrínseco en que han cristalizado, se rindió en el primer teatro lírico de España, rebosante de gente, homenaje elocuentísimo de admiración y de cariño.»

Y emitía *El Liberal* su favorable dictamen en los términos siguientes:

«El Orfeón Donostiarra, tan ovacionado en Madrid hace algunos años, cuando la Sociedad Wagneriana, de gran memoria, organizó con él unos conciertos en el Gran Teatro, dirigidos por Mancinelli, volvió ayer a encantarnos por la frescura de sus voces, por su homogeneidad, su disciplina y su completa seguridad.

»Ajuste, sonoridad, matices y perfecta ponderación en todas las cuerdas, reúne el Orfeón Donostiarra, de que es preclaro director el maestro Esnaola.

»Trabaja éste con el Orfeón con tanta inteligencia y tan tenazmente, que ha logrado hacer de él una corporación vocal que puede competir con las más sobresalientes y famosas, como lo ha hecho ya victoriosamente en España y en el Extranjero.

»En el festival de anoche se interpretaron en la primera parte varios fragmentos de la «Damnation de Faust», de Berlioz.

»En ellos, la orquesta, los coros y los solistas estuvieron admirables, y el Orfeón tuvo que repetir, tras extraordinaria ovación, el final del «coro de bebedores», que fué un verdadero alarde de ajuste coral.»

La *Correspondencia de España* dedicaba el siguiente caluroso comentario:

«Un «Requiem alemán», de Brahms, para solos, coros y orquesta, constituían la tercera parte del programa.

»Las dificultades que han vencido los maestros Pérez Casas y Esnaola para concertar y dar unidad a coros, solos y orquesta en el grandioso conjunto de ejecución de los principales fragmentos de esta composición, en la que se expresan pensamientos de desaliento y de fe, de

dolor y de esperanza, en un sereno ambiente de espiritualidad religiosa, pregonan muy alto el talento de ambos.

»Nos sería muy difícil señalar cual de los cinco números de la obra de Brahams alcanzó mejor interpretación; el auditorio aplaudió al terminar cada uno de ellos con verdadero entusiasmo.

»La Srta. Campiña, que siempre nos da ocasión para el elogio efusivo, cantó admirablemente. El Sr. Zaragüeta merece también completa alabanza.

»Las ovaciones que anoche escucharon el Orfeón Donostiarra y la Orquesta Filarmórca, no respondían sólo a la cortesía y al afecto del público que llenaba el Teatro Real, sino singularísimamente a expresión de gratitud de cada uno de los oyentes, por los momentos de emoción artística con que la labor admirable de ambas agrupaciones musicales había recreado su espíritu.

»Los maestros Pérez Casas y Esnaola pueden estar satisfechos de su triunfo.»

Refiriéndose a la misma obra, decía *El Imparcial*:

«La obra de Brahams es de una belleza amplia, serena, luminosa, impregnada de fe y de fervor, llena de espíritu y grandeza.

»El compositor vierte sobre su obra las suaves tintas de una confianza infinita en la misericordia divina; los levantados acentos de una aspiración ideal, constante, hacia la perfección.

»Las sonoridades se desarrollan espléndidamente en oleadas de entusiasmo, se elevan triunfantes, y cuando abaten en dulces matices su vuelo, es para decir una tierna frase de amor o de perdón.

»Comentar cuál fué el acierto insuperable con que fué ejecutado, nos parece ocioso. Es difícil dar idea del efecto imponente producido por las grandes masas de instrumentistas y cantores en el auditorio.

»Las ovaciones más frenéticas se sucedieron incansantes, incansables, y con los aplausos sonaron aclamaciones y vítores.

»El primer festival ha sido un alarde magnífico de arte y de esplendidez y ha dejado en el público una imborrable emoción artística.

»Con estos festivales se ha patentizado del modo más brillante y más solemne el entusiasmo que en el público produce la labor del Orfeón Donostiarra, cuyas campañas aquí son inolvidables, y la Orquesta Filarmónica, cuyos éxitos clamorosos y recientes mantienen viva en nuestros espíritus una honda huella de admiración.

En idéntica forma se expresaban los demás periódicos de la corte, transmitiendo con rara unanimidad la impresión favorabilísima producida por nuestra brillante masa coral y su genial director el maestro Esnaola.

No se había borrado aún la sensación de asombro producida por nuestro incomparable Orfeón, cuando el día 10 se celebró el segundo concierto del Real, con igual extraordinaria concurrencia, abillantada en esta ocasión por la asistencia de la Familia Real.

Respecto al resultado artístico de este segundo festival, oigamos al crítico de *El Debate*, que se expresa así:

«Verdaderamente irregular era el programa de anoche. De un lado, en su última parte, la «Novena Sinfonía», de Beethoven, obra impecable, de eterna juventud, de inagotable belleza, verdadero monumento del Arte. Del otro, en la primera, las ambigüedades y difusiones de Debussy, más los estrépitos incoordinados de dos autores españoles. Mezcla detonante era ésta, y así lo apreció el auditorio, reservado justamente al principio y vibrante de entusiasmo al final.

»Pasemos por alto a Mendelssohn, y esto no porque sea acreedor a un silencio menospreciativo, sino porque «La gruta de Fingal» es tan conocida como admirada por todos. Tras de Mendelssohn, como tras a bochorno del estiaje sucede la tempestad, vino Debussy, que dió al traste con toda la plácida sensación de clasicismo y equilibrio producida por aquella inspirada composición. Tres nocturnos había escogido la Sinfónica de entre las obras escritas por el perverso autor francés — y hablamos de perversidad est-



El maestro Esnaola.

tética, conste así —. Los tres son de la misma factura; en los tres se busca un impresionismo exótico, algo excéntrico, quizá agradable en algunos pasajes, que no desdibujan la armonía, pero, por lo general monótono e inexpressivo. En el tercero, «Sirenas», interviene, además de la orquesta, un coro de contraltos y sopranos que incurrió en márcadas disonancias; pensamos que por haberlas escrito el autor y no por tropiezo de los cantantes. No le gustaron estos fragmentos al auditorio, que, sin embargo, reconoció la inestimable labor realizada por la Filarmonía.

»Solo el Orfeón cantó «Vizcaya», de Bretón, y «El lobo ciego», de Arregui. Los orfeonistas se desorientaron algo en la primera, cuya ejecución se resintió de poca afinación; pero esto no obsta para que se proclame la ardua empresa que aquéllos realizaron, pues el maestro Bretón ha acumulado todo género de escollos en este poema, y de todos ellos salieron con bien. La obra de Arregui es de una tensión feroz, y exige de todas las cuerdas, particularmente de la de tiples y tenores,

esfuerzos superiores a su natural registro, lo que explica suficientemente ligeras flaquezas de conjunto. De todas suertes patentizó el Orfeón Donostiarra, una vez más, que cuenta con votes seguras, potentes y bien educadas, siendo de lamentar la mala elección de las obras, que en manera alguna podían servir las anoche ejecutadas para ostentar tales dotes.....

»Menos mal que luego oímos la «Novena Sinfonía», compendio perenne e inagotable de bellezas, ante el que sólo cabe una absoluta entrega de alma y sentidos para abstraerse durante unos minutos de la menor atracción terrenal y absorberse íntegramente en el placer del Arte puro. Gracias sean dadas, por tanto, al inmortal Beethoven, merced a quien el concierto de anoche concluyó con plena satisfacción del público. A ella coadyuvó, sin duda, la ejecución, que fué notabilísima en los tiempos segundo y cuarto, singularmente en este último, en el que los solistas (Srtas. Campiña y Massip, Sres. Corts y Zaragüeta), coros y orquesta alcanzaron un portentoso grado de perfección, dando a la majestuosa página toda su grandeza. Los aplausos sonaron estrepitosamente y con justicia. No hay que darle vueltas, Beethoven «todavía» es un nombre insustituible en los programas de concierto. Por lo menos en estas latitudes, que por hoy son las que nos interesan. *Calvo Sotelo.*»

La elección de programa fué, pues, objeto de algún reparo, que aun continúan los reparos a cierto género de estridencias musicales de las que acabamos de leer a un crítico regional que «cuanto más se oye, más agrada», aunque nosotros nos permitiríamos recordarle que estamos en el país de los viceversas, y eso del agrado podría ser un viceversa, o un a la inversa.

De todos modos, lo que no pudo discutirse, en lo que todos coincidieron con perfecta unanimidad, es en reconocer la maravillosa labor de nuestro insuperable Orfeón que venció con su arte soberano todos los escollos de esa música ingrata e indigesta para abrumar con las esquisiteces de la «Novena Sinfonía» de Beethoven, en que descolló a alturas jamás soñadas por ninguna agrupación musical.

Entre los solistas, destacó el bajo Sr. Zaragüeta, ese «joven orfeonista de esplendorosa voz, lozana como la aterciopelada peña de Anboto que le ha visto nacer», según expresión feliz de A B C.

Al terminar la «Novena Sinfonía», el público, antes de abandonar la sala, permaneció largo rato de pie aplaudiendo a los orfeonistas y miembros de la orquesta. Fué un momento verdaderamente de honda y sentida emoción.

La gratisima impresión causada en Madrid por nuestra incomparable masa coral, refléjase en los obsequios de que han sido objeto los orfeonistas, su director, la Junta y el incansable presidente, nuestro respetable amigo D. Javier Peña y Goñi.

De entre estos obsequios destacó por su brillantez y su carácter oficial, el Concierto celebrado en el Teatro Español, por acuerdo del Ayuntamiento de la coronada villa.

La Banda municipal de Madrid ejecutó en dicho acto un escogido programa, poniendo de relieve su excelente organización, la valía de sus componentes y la maravillosa batuta de su eximio director el maestro Villa.

Iguales atenciones que a los orfeonistas, se han dispensado a la representación municipal donostiarra, compuesta como es sabido del alcalde, Sr. Inciarte, y concejales Sres. Aguirreche y Brunet.

* * *

El viernes día 12 se celebró el tercer concierto en el Teatro Real, y éste sí que fué un triunfo rotundo, clamoroso, unanime.

Como decía muy bien *El Debate*:

«El Orfeón Donostiarra culminó anoche en la proverbial brillantez que suele prestar a todo cuanto interpreta. Queriendo hacer a un mismo tiempo alarde de sus facultades y exhibición de la música vasca, nos ofreció un selectísimo conjunto de pequeñas obritas, verdaderas joyas y filigranas en que el folk-lore popular irrumpe con todo el boato de espontaneidad inagotable y de un colorido tan pintoresco como sugestivo. Tres eran de Guridi, sobresaliendo el «Goiko Mendiya», de exuberante ternura, y el de la fiesta de San Juan, típico canto popular que se corona con un inmenso «forte en crescendo» del que el Orfeón arrancó maravilloso efecto, viéndose obligado a bisarlo. Otras dos, eran del Padre José Antonio San Sebastián, y, como los anteriores, constituyen dos sabrosas páginas, plenas de jugosidad y llaneza, en que la musa popular retoza a través de genuinos aires de sabor campestre y aldeano: una verdadera preciosidad, en fin, sobre todo el segundo, de forma pizpireta y bulliciosa, que también bisó el Orfeón. Otra era del Padre Otaño, ilustre musicógrafo y colaborador de *El Debate*; tratábase del se-



D. Javier Peña y Goñi

gundo tiempo de su «Suite vasca», una plegaria para baritono y sopranos sobre el friso de un canto a voz apagada, lleno de unción y misticismo; fué aplaudidísima. Y. finalmente, otra era del maestro Esnaola, que gustó de triunfar como autor, y no sólo como director; cosa que, en verdad, logró merecidísimamente.

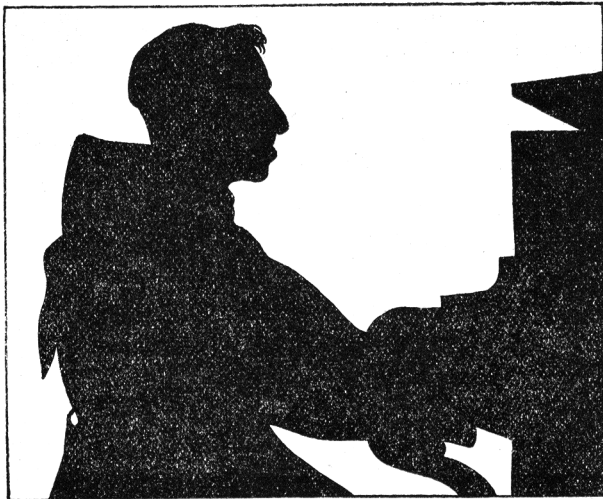


Jesús Guridi.

«De Usandizaga..... ¡Pobre Usandizaga! Fué un homenaje improvisado, efusivo y conmovedor el que ayer se le rindió. Dos corales vascos y el poema «Umezurtza», para solistas, coros y orquesta, escogió el Orfeón de entre las obras del malogrado músico. Al tiempo de comenzarlas colocóse en el escenario el estandarte de la laureada colectividad, y en el estandarte campeaba un retrato de Usandizaga. Al tiempo de concluirla, ofrendósele una corona. ¡Piadosa ofrenda!

Muchos espectadores, de espíritu aseguible a las nobles emociones, acaso dejaron correr una furtiva lágrima por sus mejillas..... ¡Y para

que el póstumo testimonio de admiración fuese más total, «Umezurtza» se bisó entre ovaciones ensordecedoras! ¡Y al oír esta obra soberbia, fruto inconfundible de la potente personalidad artística de Usandizaga, que en ella prodiga ciencia y musa, el comentario que a flor de labios asomaba dolo-



Silueta del P. San Sebastián

ridamente, era una lamentación! ¡Qué maravillas habría escrito, si la muerte no le hubiese segado en flor!...

«Wagner coronó el concierto. ¡Digno remate para tan colosal ba-

samento! Oímos de él todo el cuadro final de «Maestros cantores», que una vez más nos subyugó reciamente.

»Orquesta y coros trabajaron de modo insuperable. Aquélla, suelta, ágil, afinada. Estos, vigorosos, juveniles, increíblemente disciplinados. La Srta. Campiña coadyuvó, con el tesoro de su voz vibrante y flexible, al mejor resultado de la jornada. Corts, Peña y Olaizola, también aportaron su modesto óbolo. Y los maestros Esnaola y Pérez Casas imprimieron, con infatigables bríos, la precisa norma de dirección.

»El teatro asustaba de puro atestado.

»La Familia Real en pleno, se asoció con expresiva delectación y felicitó personalmente a los maestros.

El «Guernikako arbola», regalo forzoso e indiscutible, dejó en el ambiente una estela de voces rudas y viriles, como la raza española... —*Calvo Sotelo.*»

Fué en efecto un triunfo inmenso, inenarrable, del Orfeón Donostiarra y de la música vasca. Porque, digámoslo muy alto, la música vasca salió de este tercer concierto orlada con los vítores y aclamaciones de un público inteligente, que hizo objeto de sus preferencias a nuestra sentida y deliciosa música regional.

La prensa coincidió con el público, en considerar que el tercer concierto constituyó un éxito clamoroso y definitivo para el Orfeón Donostiarra. Ninguna masa coral ha llegado jamás a las altas cumbres en que se agitaron triunfantes los *chapelgorris* donostiarras.



En el primer entreacto los Reyes recibieron en su palco a los comisionados del municipio donostiarra, el Alcalde, Sr. Inciarte, y concejal Sr. Aguirreche, así como el Presidente del Orfeón, Sr. Peña y Goñi.

Su Majestad tuvo frases laudatorias para el Sr. Esnaola, encomiando los progresos realizados por el Orfeón.

Después del concierto Don Alfonso llamó al maestro Esnaola, y dándole un efusivo



D. Eustaquio Inciarte, Alcalde de San Sebastián.

apretón de manos le elogió su difícil labor de manejar tan maravillosamente las voces de doscientas personas.

* * *

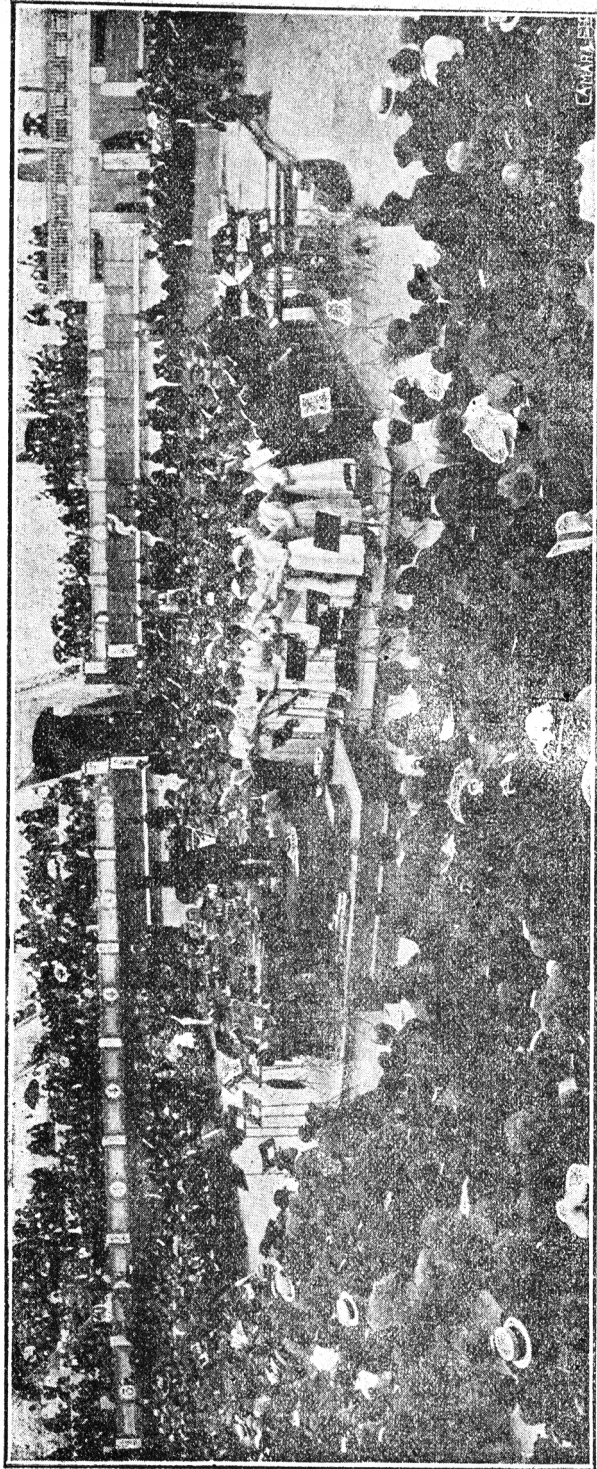
Atendiendo a las insistentes solicitudes, reforzadas en vista de los resonantes triunfos del Orfeón Donostiarra, se decidió celebrar un Concierto popular, que se verificó el sábado en la Plaza de Toros con la cooperación de la brillante Banda municipal de Madrid.

«Apenas se había anunciado esta fiesta y, sin embargo, ocho o diez mil almas acudieron al circo de la calle de Alcalá, llenando la mayor parte de las localidades y las dos mil sillas colocadas en la pista.»

Así se expresaba A B C, y así era la verdad.

Cuando el Orfeón subió al tablado colocado en el centro del anillo de la Plaza, el frágil tinglado no pudo soportar el peso de las glorias de

EXCURSIÓN ARTÍSTICA A MADRID



EL ORFEÓN DONOSTIARRA

cantando bajo la dirección del ilustre maestro Esnaola en el festival celebrado en aquella Plaza de Toros, con la cooperación de la Banda Municipal en la tarde del 13 de Mayo.

nuestra laureada masa coral, y sucumbió anonadada ante tanta grandeza.

Felizmente no ocurrieron desgracias que lamentar, y el percance sólo sirvió para avivar aún más las vehementes simpatías tantas veces manifestadas del público madrileño al Orfeón Donostiarra.

Este suceso hizo recordar que ya en otra ocasión se hundió otro tablado destinado al Orfeón Donostiarra.

Tal hecho ocurrió en la Plaza de Toros de Bilbao, el año 1905, al dirigirse el Orfeón Donostiarra a tomar parte en el Concurso que se celebraba en la Invicta Villa. No hay tablado que pueda con una insti-



tución
cargada

de tantos méritos y triunfos.

Que fué otro triunfo el
Concierto popular, se
comprende con sólo leer el A B C,
que coincide con los demás colegas
madrileños:

El Orfeón Donostiarra en la Plaza
de Toros de Bilbao, en 1905.

«La presencia de los coros, dice, fué dudada con estruendosos aplausos, y estas manifestaciones de entusiasmo se repitieron al terminar los diversos números del programa. Entre los cantos vascos, todos muy festejados, produjo emoción más honda el *Iru chito*, del Padre San Sebastián. Los efectos que el Orfeón saca en esta poética composición, y la brillantez del conjunto de hermosas voces, perfectamente entonadas y disciplinadas, arrancaron primero murmullos de admiración y delirantes muestras de entusiasmo después de la última nota de tan bellísima obra, que, naturalmente, fué repetida.

«Galia», hermosa composición coral de Gounod, acompañada por la Banda, levantó también tempestades de aplausos, homenaje justo a la admirable masa coral y a su ilustre director, maestro Esnaola. Des-

pués de la jota de Retana, en que las voces imitan los guitarricos y bandurrias, el público pidió el *Guernikako Arbola*, y los orfeonistas se apresuraron a cantar el famoso zortzico de Iparraguirre, que los vascos presentes escucharon en pie y descubiertos. El concierto terminó con la escena final de *Los maestros cantores*, por los coros y la Banda, y tras de otra formidable ovación, los espectadores se resignaron a no oír más..... porque faltaba luz. Eran las ocho menos cuarto.»

*
* * *

La noticia de los triunfos de nuestra laureada masa coral, hinchó de júbilo los corazones donostiarras, manifestándose el entusiasmo de todo un pueblo en el clamoroso recibimiento que hizo a los orfeonistas a su regreso de la Corte.

Millares y millares de personas se congregaron en la plaza de Bilbao, puente de María Cristina, y andenes exterior e interior de la Estación. Allí estaba el alcalde accidental, Sr. Navas, acompañado de la mayoría de concejales de nuestro Ayuntamiento. Y entre el maremágnum de personas de todas clases y condiciones que se estrujaba en compacta masa, tres bandas de música (la Municipal, Iruchulo y Armonía) que a la llegada del tren comenzaron a tocar aires donostiarras, mientras el público se desgañitaba entre gritos y aclamaciones.

Aquella masa enorme que hizo imposible todo conato de organización, se arrastró llevándose consigo la gloriosa institución donostiarra a su domicilio social, donde por largo tiempo continuaron los vivos desbordantes al Orfeón Donostiarra.

Uniéndonos al pueblo en sus manifestaciones de lógico, fundado y razonable entusiasmo, gritamos también al maestro Esnaola y a sus corifeos: ¡*Bejondaizutela!*

CLAVE DE FA

